

Chillida, al arte y los sueños: recuerdo de las películas sobre mi padre

Por Susana CHILLIDA

Alguien dijo que los artistas eran hijos de sus obras. En ese sentido, yo podría ser considerada hija de las dos películas que realicé sobre mi padre y, posiblemente, hija también de los varios programas educativos entorno a las artes que diseñé y llevé a cabo en lugares tan dispares como un museo o una cárcel.

De adolescente sentí un gran rechazo hacia el arte al ver que podía utilizarse como “arma” elitista. Más tarde entendí que también es un buen “arma” para el desarrollo humano y pasé a pensar que el arte “sana”, el arte y la naturaleza; y si lo pienso es porque lo he visto. Especialmente en estos tiempos duros que corren, el arte es o puede ser un refugio. Por eso, hacerlo accesible, acercarlo a la gente y presentarlo a quien quizás ni tan siquiera lo conoce, me importa, y, cómo no, a menudo recurro a Chillida que resulta un buen exponente de quien hablo con conocimiento, desde un saber de experiencia. En su caso, la coherencia e integridad de su persona son factores que suelo remarcar porque ayudan a ver lo que hay detrás y dentro y alrededor de esos hierros forjados o esas piedras nobles y enormes en las que Chillida creaba un vacío para habitar.

Chillida (OFF)¹

No es un juego, porque es más serio que un juego, pero tiene mucho de aventura, una aventura... Hombre, a mí me ha hecho no poder dejar esto y estar entusiasmado, independientemente de la suerte que yo pueda tener de que me han reconocido cosas y eso. Pero yo hubiera hecho igual si no me hubieran reconocido y hubiera podido hacer las cosas, vamos.

¹ Nota: Todos los párrafos que aparecen en este formato son transcripción literal del audio de distintas secuencias de mis películas. Del mismo modo, todas las imágenes que presento son fotogramas de las mismas.

Con estas palabras -escuchadas con voz en off sobre las siluetas al contraluz de mis padres alejándose juntos del *Elogio del Horizonte* de Gijón, en un hermoso atardecer de un día de noviembre de 1998-, termina la película *Chillida, el arte y los sueños*, la segunda que yo realicé y que el público pudo ver en el marco del Homenaje a Chillida, en La Casa Encendida, a los diez años de su muerte.

Cuántos recuerdos y qué difícil tarea escribir algo sobre esas películas que me plazca ahora, cuando ya tantas veces he hablado sobre ellas y tantas cosas han quedado ya publicadas.



Captar lo que es la obra de un artista en su plenitud, a través del cine, no era tarea fácil. Evidentemente, la imagen de una escultura vista en pantalla no es la escultura; las imágenes son sólo eso, imágenes, y por bien que se rueden no dejarán de serlo. Nada puede sustituir a la experiencia del “encuentro” entre el espectador y la obra original. Lo que sí puede hacer el cine, y eso yo lo he intentado, es despertar “ganas” de ir hacia ese encuentro.

Chillida

Ah, el horizonte... En cualquier lugar del mundo que estés, tienes el horizonte que está envolviendo la zona donde tú eres el centro. Tú, el que mira, es el centro y todos esos centros se juntan, se cortan unos a otros, es decir, que es el mundo... El horizonte se convierte en el mundo para la visión de los hombres. Visto de la forma que lo veo yo, podría ser la patria de todos los hombres.

En mis películas, la poética visual está hecha de elementos que amo y que siempre he creído compartir con mi padre: el mar, las montañas, el sol, la luna, la luz de la noche; no es que lo consultara antes o lo confirmara después, simplemente lo siento; de este modo, en ellas, me veo tan retratada yo como él. Luego, y entremezclándose con todo, en mis películas está su obra, la grandeza de su obra en muy distintos estados: como idea en su cabeza, como hierro candente en una fragua o una nave industrial, como elemento quasi natural en medio de un paisaje... Y envolviéndolo todo, arropándolo, está su vida que conozco bien -o al menos tan bien como una hija la puede conocer.

Sobre este punto de vista que adopto, el cineasta Gonzalo Suárez y el poeta Pedro De Silva dicen que es distinto al tratamiento clásico porque muestra el arte no como producto autónomo sino centrándose en la doble vertiente de la génesis del artista y de la obra².

Chillida, el Arte y los Sueños es una destilación de gran cantidad de material audiovisual recogido a lo largo de un período de más de siete años (entre 1990 y 1998). Todas las imágenes y acciones que vemos son un reflejo de cosas que realmente ocurrían en ese tramo de la vida de mi padre. Los rodajes captaban o bien “sucesos espontáneos” ocurridos en la vida real, a tiempo real, sin más artimaña que la presencia de una cámara, o bien “situaciones planeadas” que, sin salirse de lo que era normal en su vida, habían sido programadas para ser grabadas con más calma. En ese sentido, no hay nada de invención por mi parte; y sin embargo, cada decisión sobre qué rodar y qué no rodar, qué montar y qué no montar, supone ya una forma de inventar a Chillida. Del mismo modo que elegí mostrar a un hombre sencillo e inteligente charlando sobre su vida y andando ligero por la naturaleza en calzado deportivo, pude haber mostrado al “gran Chillida” elegantemente vestido en algún premio o inauguración recibiendo halagos. Ambas cosas formaban parte de su vida.

Esta película –al igual que la primera– surgió, de algún modo, como un intento de huida del mundo académico en el que estaba inmersa en ese momento en Nueva York. Sin embargo, curiosamente, terminó formando parte de mi tesis doctoral en el departamento de *Family & Community Education* del *Teachers College* de *Columbia University*. Fue un trabajo considerado como innovador ya que incluía la propia película como parte integral de la tesis y no sólo como anexo al trabajo escrito. La idea de hacerlo así se le debe sin duda a la profesora Hope J. Leichter quien me animó en mi afán artístico pero no dudó en exigirme

² Chillida S., *Chillida, el Arte y los Sueños: Memoria de las filmaciones con mi padre*, (Universidad del País Vasco, 2002) pag. 229-230

rigor etnográfico en la recogida de datos sobre el proceso cinematográfico según éste iba ocurriendo –primero durante la elaboración del guión y la búsqueda de colaboradores, luego durante los rodajes y finalmente durante el montaje–.

La traducción y publicación en España del trabajo doctoral escrito –que versa sobre biografía, familia, arte y cine– se debe al empeño del profesor Antonio Beristain S.J que escribió un epílogo titulado “La hija da vida al padre”³ y que además había sido un valioso colaborador durante la película.

Al encenderse las luces tras la proyección, en *La Casa Encendida* esta última vez, vi a una hermana mía llorando; hacía tiempo que no veía la película y encontrarse de frente con nuestro padre “vivo” la había estremecido grandemente. Esa especie de ilusión de realidad y carnalidad que ofrece el cine es uno de sus grandes poderes frente a otros medios. Personajes históricos a quienes de otro modo no habríamos podido conocer se presentan a sí mismos no sólo mediante sus palabras sino mediante su fisonomía, su atuendo, su ritmo, sus gestos, sus entornos... En ese sentido, creo que –aunque sea únicamente mérito del tiempo–, con los años, las dos películas documentales que realicé sobre Chillida irán adquiriendo cada vez mayor valor.

La primera de ellas, *De Chillida a Hokusai: Creación de una obra*, fue un encargo. Es una película muy compacta porque está centrada en la realización de una sola escultura que era un proyecto de obra pública para Japón. El tiempo de la película es un presente continuo en el que vamos viendo “crecer” la obra desde la idea inicial hasta su completa realización en Aceros y Forjas de Reinosa pasando por los estudios previos que Chillida había ido forjando en su taller. Según yo la sentía, la historia tenía que ver con dos artistas que entablaban relación a partir de sus obras. Chillida quería rendir homenaje a Hokusai, el pintor del siglo XVIII a quien llamaban “el viejo loco de dibujo”, y para ello forjó una obra desde cuyo centro se divisaría el monte Fujiyama. Mi padre estaba ilusionado con ese proyecto. Creo que inocentemente disfrutaba con la ilusión que podría haberle hecho al propio Hokusai recibir ese homenaje, él, que había pintado más de cien vistas del monte sagrado de Japón...

El azar ha querido que la película cobre un inesperado valor ya que por avatares económicos de la empresaria que financiaba la obra, la parte que iba a realizarse en Japón –cinco grandes piezas de hormigón que en la película se recrean a partir de una maqueta– nunca se llegó a finalizar. Es, en ese sentido y de alguna manera, una película “ficticia” pues muestra casi como cierto lo que finalmente no lo fue. Y sin embargo, si alguien algún día quisiera continuar el

³ Ibidem, p. 239.

proyecto, en la película encontrará motivación e información suficiente para el empeño.

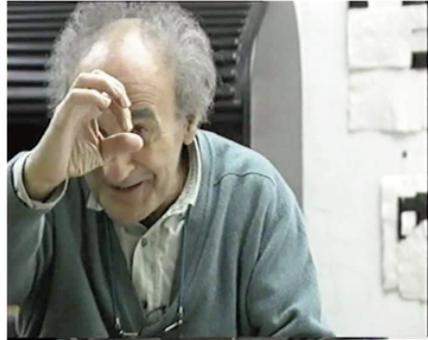
Aunque nadie me lo había pedido, en la película quise ir más allá del encargo que me habían propuesto para dar cabida al hombre y su pensamiento. Así, todo lo que resulta esencial para entender a Eduardo Chillida, su filosofía Zen y sus principios a la hora de trabajar, está incluido en *De Chillida a Hokusai: Creación de una obra*. Mi padre mismo es quien le cuenta todo al espectador de un modo sencillo.

Visualmente, la película la imaginé como un juego de escalas donde lo grande llega a confundirse con lo pequeño y lo pequeño se hace enorme para deleitarnos. El proyecto para mí tuvo algo de juego en el mejor sentido de la palabra.

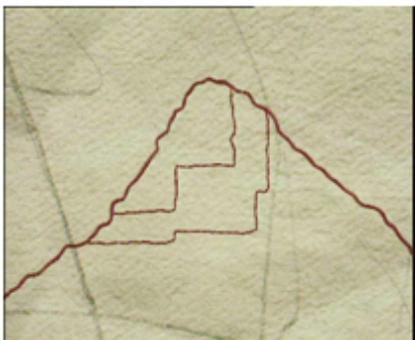
Recapacitando, veo que una de las cosas que me convenció a la hora de aceptar aquel primer encargo fue la ilusión con que varias veces había oído hablar a mi madre sobre algo muy simple que había visto en cine: al pintor Bonnard, muy viejecito, sentado en un sillón hablando tranquilo sobre su obra. La sensibilidad de mi madre me emocionó, y supe que ese mínimo, al menos, yo lo podría lograr. Lo que quizás no intuí es hasta qué punto me iba a involucrar y cuánto iba a aprender de mi padre. Evidentemente, mi rol de cara a él cambió y nuestra vida común se hizo más interesante desde entonces.

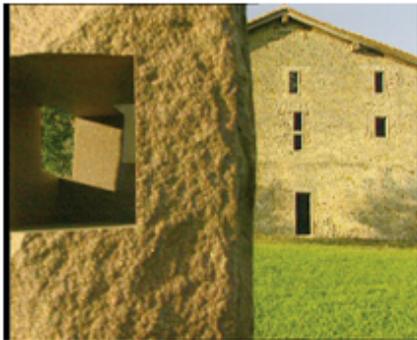




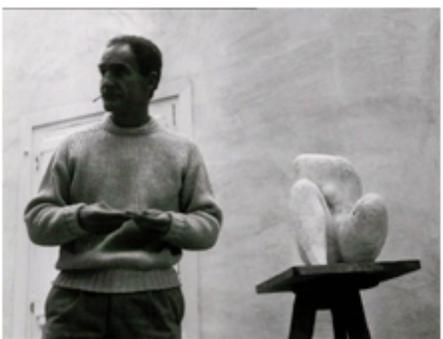


En la segunda película que realicé, *Chillida, el Arte y los Sueños*, el arte se remonta a la prehistoria. Chillida se nos presenta, inicialmente, como un espectador atento y un artista atrevido. Yo soy quien le mira. El paso del tiempo se dibuja con pasos. La noche tiene tanta importancia como el día, los sueños tienen cabida y, las obras públicas que vemos, vida.





Siempre me gustó saber que las dos primeras esculturas que hizo mi padre fueron un torso de hombre y otro de mujer...



Pili Belzunce

Pues fíjate tú, yo te voy a decir una cosa que os va a chocar a todos. Yo, un artista creo que para empezar es una persona ingenua, porque el pensar que una persona es capaz de dar su vida y de dar todo lo que es capaz de dar y dejar todo lo que haga falta dejar por seguir una idea y por hacer una línea y por poner un color y por poner una forma que tú no sabes si la gente lo va a apreciar después o no...

Cómo no iba a dar entrada a Pili Belzunce, mi madre, esta segunda vez. Es evidente que a ella tampoco le faltó ingenuidad, ni valentía, cuando ya desde el principio se decidió a apoyar a Eduardo dejando de lado todo cuanto una mujer de su época podía desear y ambicionar. El amor y la entrega que se profesaban Eduardo y Pili no tenía límites. Si Chillida pudo dedicarse a lo suyo en exclusiva y alcanzar el nivel de excelencia que alcanzó, fue gracias a esa mujer de fina sensibilidad artística y gran carácter, trabajadora, generosa y capaz, que

ponía realidad, orden y belleza en su vida, que era su amante y su amiga, que lo entendía todo y que cargaba con todo por su arte y por él. Ella era el perfecto pilar sobre el que impulsarse para echar a volar.

Aunque la película no es una biografía convencional, sí que nos habla del nacimiento de Chillida como artista: los juegos de percepción con que les preparaba su padre a él y a sus hermanos, su repaso de la enciclopedia Espasa completa buscando referencias de arte, su abandono de los estudios de arquitectura, sus primeras intuiciones válidas mientras dibujaba en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, la estancia en París, las primeras esculturas figurativas en yeso, la primera crítica, la primera crisis, el apoyo de Pili, la vuelta a casa, el paso al hierro y a la abstracción.

En la película, la historia y los conceptos que me interesa que queden claros los van exponiendo Chillida, Pili, el narrador –que soy yo misma aunque sólo me doy a conocer como hija en una primera ocasión- y también otra gente cercana a él. La faceta de innovación e investigación de la materia que caracteriza a Eduardo Chillida, por ejemplo, es José Antonio Fernández Ordoñez quien la menciona cuando se habla de las obras públicas que realizaron juntos. He aquí la escena:

Ingeniero Fernández-Ordoñez

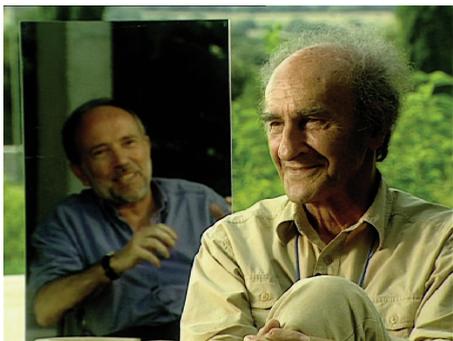
No sé si tú eres consciente, pero has dado un paso adelante en la investigación del hormigón. A mi me sorprendió al principio, ahora ya te conozco mucho más, ¿no? Cuando me hablabas de tus ideas de quemar el encofrado, ¿te acuerdas? Al principio te acercabas al hormigón con ideas realmente...

Chillida

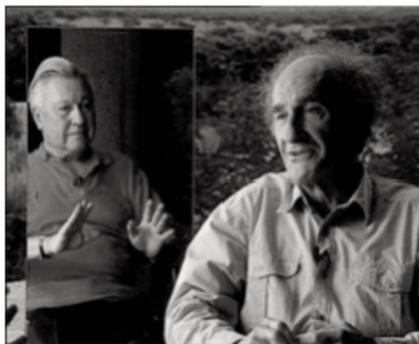
Inesperadas...

Ingeniero Fernández-Ordoñez

¡Sorprendentes!

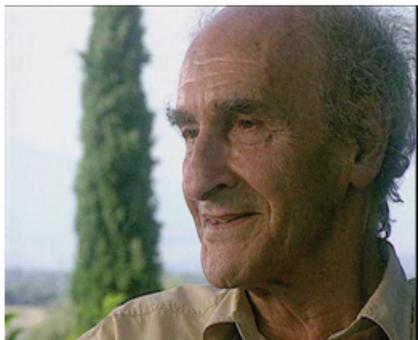


José Antonio Fernández Ordoñez y Eduardo Chillida



Thomas Messer y Eduardo Chillida

Tratar con alguien atrevido e innovador como mi padre me ayudó a ser atrevida yo también y a apartarme de los cánones tanto como me dictaba mi intuición. Así, la planificación y el set de rodaje de entrevistas en Madrid fue inusual. Como puede verse aquí, los dos personajes aparecen frontalmente en el mismo plano gracias a la utilización de un espejo. Una segunda cámara grababa exclusivamente a Chillida lo cual era conveniente para poder intercambiar conversaciones con unos y otros sin problemas durante el montaje. El espectador no siempre sabe con quién está hablando en cada caso mi padre; pero al menos, por deferencia a los colaboradores, en la penúltima secuencia aparecen todos ellos en una cena con velas que transcurre en el mismo set de rodaje: la estructura arquitectónica, desnuda y abandonada, que pudo haber llegado a ser una segunda casa para mis padres en las afueras de Madrid pero que nunca lo fue por decisión de él -a ella le hubiera encantado-.

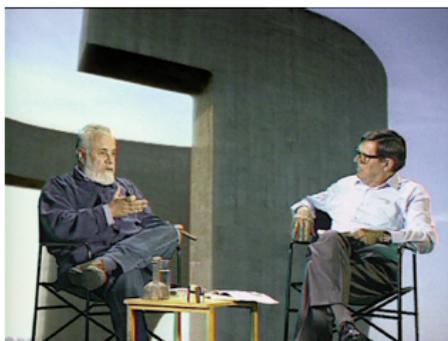




Todas aquellas entrevistas -más las que habían sido grabadas con mi marido y conmigo en San Sebastián años antes-, fueron publicadas por la editorial Destino en 2002⁴. Los participantes son personas que habían tenido una relación cercana y fructífera con Chillida: José Antonio Fernández-Ordoñez, el ingeniero con quien realizó, entre otras obras de hormigón, el *Lugar de Encuentros* bajo el puente de la Castellana de Madrid, el *Elogio del Horizonte* de Gijón o *La Casa de Goethe* de Frankfurt; Alberto Portera, el neurólogo que solía contar con él para sus encuentros entre artistas y científicos; Kosme de Barañano, el historiador de arte que montó varias de sus exposiciones y escribió profusamente sobre él; Victor Gómez Pin, el filósofo con quien se enzarzó en tantos temas que fueron publicados; Hans Spinner, el ceramista con quien trabajaba sus *Lurras*; Gonzalo Suárez, el cineasta que hizo una película sobre Tindaya y que compartía con él su amor por el fútbol; Thomas Messer, el director emérito del Guggenheim de Nueva York con quien montó más de una exposición; Antonio Beristain, el jesuita criminólogo con quien compartió inquietudes acerca del arte, la paz y la justicia; Eduardo Iglesias, el escritor y yerno suyo con quien dialogaba casi a diario.

⁴ Chillida, S. (ed.) *Elogio del Horizonte: Conversaciones con Chillida* (Destino, 2002)

El único que faltó a la cita en la estructura abandonada, por causas mayores, fue el poeta José Ángel Valente con quien Chillida tuvo mucha relación y con quien realizó un libro conjunto, *Cántigas de ALEN*. El modo de integrarle en la película más tarde fue rodar una conversación entre él y Gonzalo Suárez sobre la materia común de las distintas artes; quería que se entendiera lo que tenían en común un poeta, un cineasta y un escultor. Rodamos sobre un fondo neutro en el que se podía insertar posteriormente cualquier tipo de imagen. Desde el principio supe que toda la conversación era de gran interés pero, lógicamente, en el montaje final utilicé sólo algunas partes y el resto lo reservé.



Hay algo en las cosas no acabadas que hace que cobren de algún modo más valor. De esa conversación, cuya transcripción he estudiado muchas veces, he aprendido mucho sobre el arte y el proceso creador. A punto estuve en dos ocasiones de llegar a hacer un libro con ella, pero algo pasó que lo impidió; otra vez pudo haberse convertido en película pero algo falló. Hoy es el día en que por fin va a ser publicada y me agrada mucho poder comunicarlo en este foro.

La conversación -a la que he puesto por título *El gato y el pájaro* puesto que es un referente al que vuelven una y otra vez los coloquiantes-, formará parte de un conjunto en el que se presentará el grueso de mi trabajo sobre mi padre, así como algunas de mis experiencias en torno a la enseñanza del arte. Es mi deseo que este nuevo trabajo se distribuya en museos, universidades y bibliotecas, algo que en su día no llegué a hacer debidamente con mis dos películas.

La nueva publicación -auspiciada en parte por la Fundación Eduardo Chillida y Pilar Belzunce- contendrá una vez más materiales tanto escritos como audiovisuales: un DVD con la conversación de Valente y Suárez junto a su transcripción escrita, los DVDs de mis dos películas junto a sus respectivos guiones trabajados a posteriori⁵, y un texto de título *Los lugares de*

⁵ El guión de *Chillida, el arte y los sueños* había sido ya publicado pero no así el de *De Chillida a Hokusai: creación de una obra*.

Chillida en el que aporto referencias biográficas inéditas ligadas a las localizaciones en las que rodé.

La escritura y la imagen comportan cada una oportunidades y limitaciones diferentes, tanto para el autor como para el público. El cine es movimiento, progresión, transcurso... ; así, como cineasta, a menudo tuve que prescindir de muchas cosas para lograr crear una emoción. En los guiones, sin embargo, incluyo de un modo natural datos como los nombres de las obras, personas y lugares que vemos, y esto permitirá al lector/espectador revivir la experiencia del visionado, encontrar escenas y palabras exactas y decidir dónde y cuándo parar para poder fijar ideas y aprendizajes en su memoria con calma.

Haciendo explícito lo que en las películas es sólo visual y compartiendo mis conocimientos como testigo privilegiado de su vida, pretendo que el lector llegue a acercarse aún más al universo de Chillida y confío en que este nuevo esfuerzo resultará de interés para lectores interesados en su persona y amantes del arte y del cine en general

